

Concepción Gavira Márquez

**Estrategias indígenas ante los poderes locales:
el mineral de Carangas (Charcas)
a fines del siglo XVIII**

Siendo Carangas escaso de alimentos, falto de todo lo preciso para vivir, caro en sumo grado, sin gentes con quien tratar, lluvioso en tiempos, con exceso ventoso, con ponderación de huracanes todo el año, frío en grado cruel, triste y melancólico, retirado en lo más incógnito de una cruda y pobrísima serranía [...].¹

El corregimiento de Carangas, descrito generalmente en la documentación colonial como un hábitat bastante hostil, tuvo como atractivo el descubrimiento de importantes yacimientos minerales a principios del siglo XVII. Los mineros y azogueros asentados en la región reclutaron la mano de obra entre la población indígena para la explotación de las minas y el proceso de beneficio de la plata. En este trabajo pretendemos plantear la vinculación de esta población indígena con la actividad minera y, en concreto, analizar las razones de la resistencia de los carangas a emplearse como mano de obra. Algunos estudiosos han tenido al trabajador minero como privilegiado en función del salario. Lejos de esa situación, en los centros mineros altoperuanos de los que tenemos conocimiento, Potosí, Oruro y Carangas, en la segunda mitad del siglo XVIII, los trabajadores sufrieron en su mayoría abusos y sobreexplotación. Enrique Tandeter ya hizo referencia a la importancia de la renta mitaya en el Cerro Rico de Potosí.² En Oruro hemos advertido también un empeoramiento en las condiciones de la mano de obra a fines del periodo colonial, que se tradujo en una denuncia de los trabajadores de ingenios ante la Audiencia de Charcas en 1793 (Gavira 2000). En el caso de Carangas encontramos también testimonios de

1 Juan Muñoz Villegas, 1804, AGI, Buenos Aires, p. 371.

2 Enrique Tandeter (1992) sugiere que la recuperación de Potosí en la segunda mitad del siglo XVIII, se sustenta principalmente en la sobreexplotación de los trabajadores forzosos o mitayos.

los abusos y la violencia de los azogueros, ante lo cual los indígenas optaron por diferentes estrategias de resistencia. Esta resistencia adoptó diferentes formas dependiendo de las circunstancias. Como sugiere Stern (1990: 48), los patrones de resistencia andina incluían conductas tan diversas como la fuga, las batallas legales, motines locales, hasta la guerra insurreccional. Los carangas optaron en principio por la fuga y el abandono de sus casas, para después aliarse con la burocracia, minando de esta manera la estrecha alianza entre los poderes locales: azogueros y corregidor.

No ha sido fácil encontrar fuentes que traten de forma específica las condiciones laborales de los indígenas empleados “voluntariamente” (no mitayos) en la actividad minera en Carangas. Los testimonios indígenas con los cuales contamos están incluidos dentro de los conflictos entre los mineros y la burocracia, por lo cual debemos analizarlos con cierta precaución. Era frecuente que los poderes locales implicados en un conflicto presentasen testimonios de las autoridades indígenas para reforzar las distintas acusaciones, ya que la justicia era especialmente sensible a este tema. Sin embargo, no podemos considerar los testimonios de los indígenas como resultado de una simple manipulación, porque su posición en el conflicto va a responder a la defensa de sus propios intereses.

En el caso que vamos a presentar, nos puede sorprender que las autoridades indias apoyasen al subdelegado de Carangas, el cual había sido denunciado por los azogueros de manejos ilícitos y de perjudicar a la población indígena. Si la figura del corregidor fue detestada y muy criticada por sus abusos con el reparto de mercancías, ahora al subdelegado de Carangas se le denunciaba prácticamente por lo mismo: por negociar y enriquecerse a costa de los indígenas. Sin embargo, las autoridades indígenas se manifestaron en su defensa. Para entender las diferentes estrategias de resistencia tomadas por los caciques, abordaremos primero algunas de las características de la población de Carangas.

1. El corregimiento de Carangas

El corregimiento o partido de Carangas, comprendido actualmente en el departamento de Oruro, limitaba al norte con la provincia de Pacajes, al este con la de Paria, al sur con la de Lípez y al oeste con la de Arica y Tarapacá. Situado en el extremo occidental de la gran meseta andina, comprende un territorio montañoso en el norte y oeste, ondulado en el este, llano y arenoso en el centro y sur. La altura media del altiplano donde está ubicado comprende aproximadamente 4.000 metros de altitud y posee grandes picos nevados que superan los 6.000 metros y que proveen de agua a los ríos que la cruzan. Su temperamento es frío y ventoso, y su suelo difícil para la agricultura (Bacarreza 1931: 73-114).

A la llegada de los españoles, los carangas controlaban enclaves en Cochabamba y valles de la costa pacífica (Trimborn 1973: 333-335). Atendiendo al modelo propuesto por Murra (1975: 204-207) de archipiélago vertical, este pueblo, al igual que los lupaca o pacajes, controlaba “oasis costeros” que proporcionaban productos no accesibles en el ecosistema serrano. Además de los archipiélagos en los valles orientales y occidentales, Gilles Rivière (1982: 204-207) añade un enclave multiétnico en Poopó (Paria), y en Tarija, este último tuvo su origen en los *mitimaes* desplazados en tiempos del inca para la defensa del Imperio. La vinculación que más nos interesa en el ámbito de este estudio es la de la costa pacífica,³ con la cual los carangas mantuvieron una estrecha relación, a pesar de que el proceso de desestructuración de la organización indígena y las tensiones que conllevaron las reducciones y los nuevos asentamientos provocaron la pérdida de control por parte de las autoridades carangas de los antiguos asentamientos en la zona costera (Hidalgo/Durstun 1978: 33-44).

La población mayoritariamente indígena estaba compuesta en su mayor parte por aymaras y urus (cuadro 1). Se encontraba asentada durante el siglo XVIII en los siguientes pueblos: Huachacalla, Andamarca, Corque, Chuquicota, Huayllamarca, Totorá, Cuaraguara y Turco. Según Gilles Rivière (1982: 62), la evolución de la población de Carangas durante la Colonia manifestó un gran dinamismo demográfico.

3 Hermann Trimborn (1973), en sus trabajos arqueológicos del departamento de Tacna en Perú, encuentra restos de asentamientos de la cultura aymara del altiplano en el valle del Caplina y del Sama, datados entre los años 1000 y 1500.

co y un lento proceso de diferenciación social interno. Sánchez Albornoz (1983: 39) en su estudio sobre la población tributaria en el siglo XVII, hace referencia a la escasa proporción de forasteros (indios no originarios) dentro del corregimiento, debida a los escasos recursos para atraer a la población. También sugiere una fuerte caída demográfica, según los censos, del 59%, unida a una dispersión de los indígenas que no se limitaron a las reducciones del virrey Francisco de Toledo. La población en el siglo XVIII manifestó cierta recuperación y, como en los siglos anteriores, una escasa diversificación en cuanto a categorías tributarias.

La revisita de Toledo de 1574 le adjudicaba 6.254 tributarios y la de 1683, un total de 2.580, de los cuales 339 eran forasteros. Esta última categoría surgió después de la visita del virrey Toledo para designar a aquellos tributarios que huyendo de sus ayllus, generalmente para evitar las cargas coloniales, se refugiaron en otros lugares donde en principio no tuvieron que tributar ni cumplir con la mita (Sánchez Albornoz 1978: 113-151). A fines del siglo XVII, se estableció para estos migrantes, o hijos de migrantes, un impuesto menor. En el siglo XVIII, la mayoría de los designados forasteros no eran migrantes sino tributarios que contaban con unas condiciones económicas inferiores a los originarios, por lo cual pagaban una tasa menor de tributo y no cumplían con el servicio de la mita minera de Potosí. Las explicaciones que acompañan la revisita de 1787, enumeran y diferencian las tres categorías tributarias de la manera siguiente:

Las clases son de originario, forasteros y uros, y se distinguen de este modo: los primeros con la cuota de 9 pesos 1 real por año, no porque poseen tierras sino porque tienen mayor porción de ganados de la tierra, los segundos llamados forasteros, no por ser advenedizos sino porque tienen menos posibilidad y menos porción de ganados con la cuota de 7 pesos al año y los terceros uros, que no tienen más hacienda que la pesca en los ríos y lagunas, y de animales terrestres como las vicuñas y uno u otro cerdo que crían.⁴

Tomando como referencia las revisitas del siglo XVIII, se advierte cierta recuperación de la población tributaria a mediados de siglo, después de la crisis demográfica de la década de los veinte (Pearce

4 Informe de la Contaduría de Retasas sobre la revisita del partido de Carangas, Buenos Aires, 1792, RAH, Col. Mata Linares, t. 78, p. 316. Agradezco a mis amigos y colegas Adrian Pearce y Delphine Tempère el haberme facilitado estas fuentes.

2001). El aumento más considerable se refleja en la revisita de 1787, cuando el número de tributarios se elevó en 495 registrados, para terminar a fines de siglo con un estancamiento. Como se puede comprobar por las cifras (cuadro 1), la sublevación de 1781 no parece que tuviera efectos demográficos muy acusados. Las tres categorías tributarias manifestaron una subida, que fue más considerable en el número de forasteros. Sin embargo, en la década siguiente descendió el total de personas empadronadas: en 1787 fue de 15.627 personas (7.456 hombres y 8.171 mujeres) y diez años después eran 15.370 personas (7.222 hombres y 8.142 mujeres).⁵

Cuadro 1: Revisitas en el siglo XVIII

Tributarios	Año 1734	Año 1771	Año 1787	Año 1797
Originarios	1.455	1.705	1.877	1.835
Forasteros	348	307	578	636
Urus	128	116	168	147
Total	1.931	2.128	2.623	2.618

Fuentes: AGI, Charcas 637, y RAH, Col. Mata Linares, t. 78.

2. Recursos y cargas de la población indígena

La actividad económica de la población indígena era bastante diversificada. La agricultura era minoritaria por los problemas de esterilidad del suelo, por la escasez de agua dulce, y por el duro clima y las heladas. Pero, a pesar de estas condiciones adversas, se producían algunos productos propios de la alta puna, como diferentes variedades de papas, cebada en berza y quinua. Las regiones más propicias para los sembradíos eran Huayllamarca, Totorá, parte de Cuaraguara, Chuquicota y Corque. La especie vegetal más frecuente eran los quiñuales y la tola, con la cual hacían carbón para comerciar llevándolo hasta Oruro u otras partes. Según un informe del subdelegado de 1784, los indígenas comerciaban con la sal de los diferentes salares, Coipasa, Chipayarinacota, Jayucota, Coro y Chullari, conduciéndola a los valles de la costa, a Cochabamba, Chayanta, Yungas, y a otros parajes donde conseguían coca, maíz, trigo, harina, ají, algodón, aguardientes y otras

⁵ Informe de Juan Manuel Lemoine y Juan Francisco de los Reyes y Conti, Andamarca, 1797, RAH, Col. Mata Linares, t. 78.

especies.⁶ Además de la sal, también abastecían los mercados mineros con diferentes productos ganaderos como “sebos, charques y chalongas”.

La ganadería y el pastoreo de origen europeo eran una de las ocupaciones más importantes, junto a la cría de ganado de la tierra: alpacas y llamas; además se cazaban muchas especies silvestres como guanacos, vicuñas y chinchillas. Estas actividades determinaban un asentamiento disperso. “Los indios”, decía el subdelegado, “no viven en sus pueblos, sino en las estancias, criando sus ganados, y en sus viajes y ocupaciones de mita; sólo vienen a los pueblos a las precisas obligaciones”.⁷ En otro informe se alude que, además de la estacionalidad de los trajines, el partido se queda despoblado por la rigidez del invierno, de manera que en los meses de junio, julio y agosto se reducía mucho el número de sus habitantes.⁸

Los urus, “hombres del agua”, son un pueblo asentado en el altiplano andino desde antes de la llegada de los aymaras (Wachtel 1990). Las fuentes del siglo XVI recogen información sobre las condiciones de dominación a que fueron sometidos por aquéllos. A la llegada de los españoles, los urus estaban asentados en el eje acuático que atraviesa el altiplano: el río Lauca, el lago Coipasa, el río Lacajahuira, el lago Poopó, el río Desaguadero y el lago Titicaca. La población uru de Carangas estaba organizada en los siguientes ayllus: en Corque, ayllu Coripata y Hueco; en Chuquicota, Chilawa; en Andamarca, Pansa; en Urinoca, Habanavillque; y en Huachacalla, Manasaya y Aransaya de Chipayas (Rivière 1982: 122). Durante la Colonia se dedicaron especialmente a la pesca y la recolección y debido a su escasa disponibilidad de recursos, se le impuso una tasa menor, pero también debían de cumplir con la mita minera de Potosí.

La población española era muy escasa y se concentraba en el asiento de Carangas, también llamado Cuaraguara o Espíritu Santo de Carangas, donde estaba instalada la Caja Real. En 1784 el informe del subdelegado hacía referencia a cuatro o seis españoles y algunos mestizos, que no pasaban de cincuenta en todo el partido. Éstos se dedica-

6 ANB, Minas, 96, n° 17.

7 *Ibid.*

8 ANB, EC, n° 13, 1788.

ban a buscar mineral en desmontes y minas abandonadas, cuyos metales beneficiaban con azogue o los fundían, según su calidad.

La población indígena también estaba vinculada a la actividad minera, bien como mano de obra, de forma independiente, o transportando y vendiendo insumos a los asientos mineros. Las imposiciones tributarias a que estaba sometida por la administración colonial obligaba a los indígenas a entrar en el mercado, vendiendo productos o la fuerza de trabajo. Por ejemplo, las cargas más frecuentes de un indio originario eran nueve pesos de tributo, contribución a la mita, y el reparto del corregidor. Según el reglamento o arancel de lo que podían repartir los corregidores, la provincia de Carangas tenía estipulado un total de productos valorados en 54.525 pesos, pero a principios de los sesenta se produjo un aumento que elevó el valor hasta 79.225 pesos. Algunos años más tarde volvió a reducirse a la primera cifra. Este cambio, creemos que fue en respuesta a una denuncia que efectuaron los caciques de Carangas en 1762, por los abusos en el precio de los productos repartidos y, en algunos casos, por su inutilidad.⁹

Las protestas ante el reparto fueron muy importantes y claves en la rebelión de 1781 (Golte 1980). En Carangas, los indios sublevados manifestaron sus protestas por medio del tesorero de la Caja Real, el cual escribía en su carta a las autoridades “que los corregidores con sus excesivos repartimientos les exigen cada año a cada uno de los indios setenta y cien pesos en efectos que no necesitan”.¹⁰ Al suprimirse el cargo de corregidor tras la sublevación, podríamos suponer que también se suspendieron los repartos de mercancías, pero las fuentes nos confirman que no fue siempre así. Por ejemplo el subdelegado Juan Dionisio Marín, del que trataremos más adelante, tuvo abierto expediente por repartir vino.¹¹ Esto nos induce a sospechar que al disminuir las presiones institucionales aumentaron las coacciones particulares.

9 Testimonio de los autos seguidos por recurso hecho por los caciques de los pueblos de Gauillamarca, Totora y Chuquicota, provincia de Carangas, AGI, Charcas, 592.

10 El tesorero de la Caja Real de Carangas al intendente de Buenos Aires, Carangas, 7 de febrero de 1781, AGI, Charcas, 706, n° 480.

11 AHN, Consejos, 20367, exp. 4. Juan Dionisio Marín y el anterior subdelegado Antolín Chavarri tuvieron abierto expediente en 1788 por reparto de mercancías. Al primero se le culpaba de reparto de botijas de vino y al segundo de reparto de mulas. Los dos fueron absueltos.

La contribución a la mita era otra de las cargas con las que tenía que cumplir la población indígena de Carangas. Esta obligación tenía grandes efectos sobre la economía indígena, pues los tributarios se veían obligados a abandonar sus casas y actividades en perjuicio de sus intereses particulares y comunales. Para el sustento propio y familiar durante el viaje y estancia en Potosí, los mitayos solían llevar abastecimiento en sus llamas. Enrique Tandeter recoge la cantidad de llamas o carneros que llevaban los mitayos de Carangas en 1801, y del total de 197 mitayos más de la mitad (107) sólo llevaba 5 llamas, número bastante bajo en relación con otros mitayos. Estas provisiones contabilizadas en el número de llamas pueden ser consideradas como un indicador de riqueza, lo cual sugiere que la mayoría de los mitayos eran gentes con pocos recursos (Tandeter 1992: 76). Para ayudar al sustento de los mitayos, los carangas poseían desde tiempos del Inca una hacienda en el valle de Cochabamba llamada la Chulla, que compartían con quillacas. Esta hacienda, donde se producía maíz, fue enajenada durante dos años por la Corona en castigo a la participación indígena en el levantamiento de 1781. Después de este periodo, en que no se cultivó, entró en arrendamiento de españoles, los cuales no pagaron el dinero acordado (Rivière 1982: 35-37). Sobre el cumplimiento de la mita de la provincia de Carangas, que podía realizarse en hombres o en dinero, sólo contamos con datos de algunos años que nos aporta el estudio de Tandeter (1992: 48, 82). El número de mitayos bajó durante el siglo XVIII, de 306 (año 1692) a 190 que se enteraban en 1801. Sánchez Albornoz (1983: 41) afirma que la disminución de población en Carangas durante el siglo XVII no se correspondió con una reducción del número de mitayos, por lo cual debemos suponer que las cargas que la mita representaba para los ayllus indígenas fueron excesivas. Durante el año 1780, faltaron 66 mitayos que tuvieron que ser canjeados por rezagos, es decir, por montos en dinero que solían rondar los 70 pesos aproximadamente (Tandeter 1992: 83). Sin embargo, puede que les interesase más pagar los rezagos o compensación por mitayos que enviar los originarios a Potosí, que era una de las causas de que muchos tributarios no volvieran a sus ayllus de origen.

Otra de las consecuencias del cumplimiento de la mita eran sus efectos negativos sobre la población. Todas las fuentes confirman una reducción significativa de la población de Carangas a fines del siglo XVIII. Además de las quejas por los tributarios que no retorna-

ban, la disminución de la población también se debía a las enfermedades y muertes provocadas por la actividad minera. Una de las enfermedades más graves era el “asma” o silicosis. Este mal era contraído por los trabajadores que se dedicaban a realizar la labor del morterado. Estos operarios suministraban el mineral para ser molido, respirando el polvo suspendido en el aire. En 1796, la Audiencia de Charcas emitió un informe al Consejo de Indias donde se ponía de relieve la dureza de este trabajo y sus consecuencias sobre la salud.¹² El informe decía que este trabajo sólo lo merecían los condenados a muerte, pero, a pesar de la sensibilización del gobierno superior y las múltiples protestas de los caciques, continuó realizándose esta labor sin más precauciones.¹³ El subdelegado de Carangas hacía alusión en 1797 al “excesivo número de viudas” que había en los padrones de Totora, Turco, Chuquicota, Huayllamarca y Corque, debido a la mortalidad provocada por el cumplimiento de la mita de Potosí.¹⁴ Según la lista de mitayos que realizaban esta labor en 1798, Carangas tenía 125 tributarios adjudicados al morterado de los 190 que enviaba a Potosí.¹⁵ La responsabilidad, según el subdelegado, la tenían los azogueros que sobreexplotaban a los mitayos y no les daban descansos.¹⁶ En 1804, los caciques de Huayllamarca y varios curas de Totora denunciaban que la despoblación de sus curatos se debía a las enfermedades adquiridas durante la mita de Potosí. Tandeter (1992: 70) sugiere que la mortalidad por silicosis se vio agravada por la mala nutrición de los trabajadores. Las sequías y epidemias de principios de siglo pudieron agravar los efectos de la enfermedad y aumentar la mortalidad.

12 Informe de la Real Audiencia de Charcas, 1796, AGI, Charcas, 696.

13 En 1807, los caciques de tres ayllus de Paria acudieron ante la Audiencia de Charcas para manifestar la cantidad de mitayos muertos y enfermos por esta enfermedad, contraída en el ingenio Agua de Castilla (Potosí); Archivo Judicial de Poopó, Minas, 1700-1825.

14 Revisita de 1797, RAH, Col. Mata Linares, t. 78.

15 ANB, Rück, 575, t. 9.

16 Revisita de 1797, RAH. Col. Mata Linares, t. 78, f. 328v. El subdelegado decía que la causa de que los azogueros de Potosí sobreexplotaran a los mitayos provenía “del duplicado trabajo que los azogueros de Potosí les imponían a los mitayos, no dándoles aquel descanso que tenían cuando por puntas trabajaban, ya porque la pobreza de los metales no se los permite, y ya porque han erigido otra cabeza de ingenio”.

La vinculación con la minería también solía ser una actividad estacional y generalmente una fuente de ingresos en metálico. Las actividades podían ser:

1. Emplearse como mano de obra en las minas y los ingenios.
2. Contratarse de forma independiente en actividades como las bajas de mineral, que consistía en cargar en sus llamas el mineral una vez que salía de las minas para llevarlos a los ingenios, actividad por la que se llamaban bajadores.
3. Suministrar sal y otros insumos a los ingenios. Encontramos numerosas referencias a las diferentes actividades estacionales de la población que se dedicaba mayoritariamente a la ganadería y la arriería, suministrando insumos a los centros mineros y realizando intercambios de productos con el valle y la costa.
4. Recoger mineral en las minas abandonadas y desmontes para venderlo a los rescatis (compradores de mineral), son los denominados buscones o jucos.

Al suprimirse el cargo de corregidor y supuestamente el reparto de mercancías, los indígenas vieron disminuida su necesidad de conseguir dinero y, por tanto, de emplearse en la minería. Así lo manifestaba en 1792 el subdelegado del vecino mineral de Oruro, hasta donde acudían los tributarios a trabajar:

[...] que si en tiempos pasados no faltaba gente [en el mineral de Oruro] era porque de la abundante que hay en el de Carangas venían a buscar jornales a la ribera de éste, lo que ha cesado desde que se les dejó sólo la obligación de contribuir con el tributo, pues con buscar cinco, siete o nueve pesos, según la tasa de él, se echan a la haraganería, a que son muy propensos, y no quieren trabajar porque en buscándose para dicho tributo, su coca y un poco de maíz, nada necesitan más, según sus pensamientos, para vivir.¹⁷

¿Por qué se empleaban los carangas en el mineral de Oruro? Pues porque el mineral de Carangas era un mineral en crisis. Este centro minero en el siglo XVIII, y especialmente en la segunda mitad, tenía muy poca producción de plata, sus minas se encontraban agotadas o aguadas y la mayoría por tanto abandonadas.

17 Carta del subdelegado de Oruro, Simón Romano, a la Audiencia de Charcas, Oruro, 9 de octubre de 1792, ANB, Minas, 131, nº 13.

3. El mineral de Carangas

Las minas de Carangas se descubrieron a principios del siglo XVII, las más famosas fueron las del Turco, de las cuales daba constancia Alonso Barba. En 1652 se abrió una Caja Real en el corregimiento, especialmente para evitar el contrabando de plata sin pagar impuestos que se desviaba hacia la costa pacífica. La producción de plata no era muy elevada pero se mantuvo abierta la Caja Real hasta 1804, cuando se cerró al descubrirse una quiebra. Durante la primera mitad del siglo XVIII se planteó la posibilidad de suprimir esta institución debido a sus escasos ingresos, pero el descubrimiento de vetas en el mineral de Huantajaya (Tarapacá) hizo que las autoridades coloniales decidieran mantener la Caja abierta para que los mineros fuesen hasta allí a registrar la plata, pagar los impuestos y sacar azogues. Si tomamos como referencia los ingresos de la Caja Real de Carangas, podríamos confundirnos y pensar que este mineral obtuvo una revitalización en la segunda mitad del siglo XVIII; pero no fue así porque más del 75% de su producción procedía de Tarapacá, del mineral de Huantajaya (Gavira 1999).

Las evidencias que tenemos del mineral de Carangas en la segunda mitad del siglo XVIII, y especialmente en las últimas décadas, es de crisis minera, gran cantidad de minas abandonadas y pocos ingenios funcionando; en concreto se habla de sólo dos ingenios, propiedad de los dos azogueros protagonistas del conflicto que vamos a tratar. Éste se sitúa en la década de los ochenta, después de la sublevación y cuando se implantaron las nuevas autoridades administrativas: los subdelegados.

4. El conflicto entre los azogueros y el subdelegado de Carangas

En 1783, una vez pacificada la región después de la sublevación indígena, se pusieron en marcha las reformas administrativas cuyos objetivos principales consistían en racionalizar y hacer más efectiva la administración colonial, evitando los abusos que habían originado la sublevación de 1781. El establecimiento de las intendencias y los partidos acababa con la detestada figura del corregidor y los repartos de mercancías efectuados por éstos, los cuales habían sido claves en las denuncias de la población indígena (Moreno Cebrián 1977; Golte 1980). Pero en muchos casos, el nuevo cargo de subdelegado supuso

la repetición de comportamientos y manejos ya conocidos que no se alejaban mucho de la situación anterior.¹⁸ Los requisitos para ser nombrado subdelegado eran un poco confusos. Se requerían personas hacendadas, es decir con recursos, pero que estuvieran dispuestas a salir de su provincia para ejercer un empleo sin sueldo. Esto limitaba mucho la oferta de personal, según los intendentes, ya que la prohibición de comerciar dejaba al subdelegado un 4% de la recaudación de los tributos, que aún se reducía después de pagar el 1% al recaudador (Acevedo 1992). Precisamente, la obtención de recursos, fue uno de los motivos por el cual se denunció al primer subdelegado que se presentó en Carangas en 1784, Juan Dionisio Marín. El recién llegado suponía una agresión para los intereses de los dos mineros más importantes del asiento, Juan Sigler y Manuel Zorrilla, los cuales no estaban dispuestos a aceptar un nuevo competidor.

En 1785, los dos azogueros denunciaban ante la Audiencia de Charcas al subdelegado Juan Dionisio Marín, entre otras irregularidades, de estar rescatando (“comprando”) plata en el mineral de Carangas y fomentando el robo en sus minas. Sigler y Zorrilla decían que el rescate de plata que realizaba el subdelegado se hacía de forma coercitiva. Afirmaban que Marín distribuía cierta cantidad de dinero a los indios con la obligación de que se lo habían de devolver en marcos de plata. Esta operación la realizaba con intermediación de los alcaldes de indios, a los cuales daba órdenes para el “respectivo repartimiento entre los indios”. Los dos azogueros se quejaban de sufrir perjuicios por varias razones: propiciaba el *juqueo* o robo de mineral en sus minas y ocupaba a la gente que supuestamente debían de emplearse en sus minas e ingenios. Decían que esa actividad era ilegal en su oficio y que estaba perjudicando a los indios “con su terquedad y codicia”.¹⁹

La defensa de Marín consistió en decir que la denuncia estaba provocada por la enemistad de los dos azogueros al negarse a prestarles dinero y a que sacasen de la Caja Real azogues sin fianzas. También decía que no podía fomentar el *juqueo* porque en Carangas las minas estaban abandonadas; por tanto, los indígenas no perjudicaban a nadie ya que recogían el mineral de los desmontes y minas sin dueño.

18 Nuria Sala i Vila (1996: 77-83) pone de relieve para el virreinato peruano muchos casos de subdelegados que continuaron con el reparto de mercancías y otros recursos ilícitos para conseguir dinero.

19 ANB, Minas, 96, n° 20, año 1785.

Afirmaba haber comprado plata a los indígenas, pero muy poca y a petición de los indios, porque el mineral se encontraba en ruinas. Sabemos por los libros de la Caja Real del lugar que el subdelegado registraba plata, en 1785 fueron 1,168 marcos. El subdelegado presentó para su defensa el testimonio de las autoridades de los distintos ayllus de Carangas, que decían que Marín tenía un comportamiento correcto y los trataba con toda justicia.

En los testimonios presentados por algunos vecinos del asiento se confirmaba que el subdelegado realizaba el rescate de plata, pero que la denuncia de los azogueros tenía motivos encubiertos. Éstos escribieron una carta al presidente de la Audiencia de Charcas diciendo que todo era un complot para poner a Juan Sigler en el gobierno del partido. Este azoguero había sido ya corregidor interino en otra ocasión y también había mantenido estrecha amistad con los corregidores anteriores, con algunos incluso compartió negocios. Sigler y el hermano de Manuel Zorrilla, Antonio, minero que había sido corregidor, se habían asociado años antes para denunciar también al oficial de la Caja Real. Ya tenían antecedentes en complots y denuncias conjuntas ante la Audiencia de Charcas y eran muy conocidas sus vinculaciones personales y en los negocios. Durante el periodo que ejerció de corregidor Antonio Zorrilla, se produjeron conflictos con la población tributaria, la cual se vio obligada a abandonar sus casas ante los abusos de éste por el exceso en los repartos de mercancías.²⁰

Poco antes de la muerte de Antonio Zorrilla en 1777, su hermano Manuel se trasladó hasta Carangas. Las propiedades que heredó de Antonio, un ingenio en la ribera de Todos Santos y una mina en el cerro del Charaque, fueron embargadas para pagar la deuda del azoguero con la Real Hacienda, por lo cual no pudo recuperarlas hasta 1782. Tres años más tarde, Manuel entraba en conflicto con el subdelegado porque éste le exigió que entregara en la Caja Real, para el pago de sus deudas, unas barras de plata que habían sido robadas a su hermano durante la sublevación y encontradas ese mismo año. Esto provocó un enfrentamiento entre el azoguero y el subdelegado.²¹

En definitiva, todas las acusaciones en ambos sentidos nos sugieren que se trataba de un conflicto entre poderes locales por la influen-

20 La Plata, 22 de julio de 1773, AGI, Charcas, 592.

21 ANB, Minas, 96, nº 18, año 1785-1786.

cia dentro del partido y la competencia de los recursos económicos. Al final, el subdelegado salió absuelto, aunque había renunciado al cargo en 1785. La Audiencia dijo que la Real Hacienda del partido se encontraba sin deudas y no había irregularidades. Los azogueros fueron instados a guardar “perpetuo silencio”. Sin duda, debió ser decisivo para esta resolución el apoyo que le brindaron al subdelegado los diferentes caciques de Carangas.

5. Estrategias indígenas

¿Por qué defendieron las autoridades indígenas de forma mayoritaria al subdelegado, cuando se había demostrado que estaba repartiendo el dinero entre la población indígena a cambio de mineral? Pues, sobre todo, porque a los indígenas les interesaba que el subdelegado les comprase el mineral, ya que era una manera de conseguir dinero sin tener que emplearse como mano de obra en los ingenios, donde además de la dura labor que realizaban, tenían que soportar malos tratos y abusos en el pago del salario, que se efectuaba en gran parte en especies a precios sobrevalorados. También porque con el apoyo al subdelegado minaban el poder que habían ejercido hasta entonces los azogueros y el corregidor de forma conjunta.

La estrecha alianza entre los azogueros y los corregidores había sido muy perjudicial para los indígenas, con la llegada del subdelegado la población tributaria encontró una salida a la opresión ejercida por éstos. La única opción de resistencia que le quedó a la población de Todos Santos, donde tenía ubicado Zorrilla su ingenio, ante el abuso del azoguero había sido la huida, el abandono de sus casas y tierras. El alcalde del pueblo de Todos Santos, con la llegada del subdelegado, pudo denunciar a Manuel Zorrilla por el reclutamiento violento de trabajadores y por el escaso salario. Señalaba que como salario de la semana, que contenía nueve mitas o turnos de trabajo, recibían libra y media de coca y doce reales de plata, que decía era lo equivalente a seis mitas. Igual ocurría con los indios bajadores, los que se empleaban para transportar en sus llamas el mineral de la cancha mina hasta los ingenios. Les pagaba doce reales cuando la baja valía dos pesos, y además les daba la mitad en coca. Decía el alcalde que no podían quejarse porque el gobernador anterior, que era Antolín Chavarri, era el socio del minero Manuel Zorrilla, por lo cual no tuvieron más remedio

que abandonar sus tierras. El azoguero entonces acudió a los urus chipayas asentados en la zona y los recluyó:

[...] tenía a los dichos chipayas encerrados en un cuarto por la noche y a poco de que el sol salía ya los echaba al buitrón, pero con toda esta seguridad en una noche rompieron la ventana del cuarto en que estaban encerrados y se huyeron.²²

Se quejaba el alcalde indio de Todos Santos que el abandono de sus tierras era muy perjudicial para recoger los tributos debido a la pobreza de la gente. Pero cuando llegó el subdelegado, los indígenas volvieron a sus casas a pesar de que Zorrilla continuó con sus amenazas. Decían que habían encontrado consuelo en la justicia impartida por el subdelegado Marín.

La llegada del nuevo subdelegado terminó con la fuerte alianza de los azogueros y la justicia, y permitió a la población continuar con sus actividades tradicionales, alternando intercambio, comercio, pastoreo, trajines, toda una serie de actividades que le permitían la subsistencia y el acceso al mercado, sin tener que atenerse a una disciplina impuesta y a los abusos de los mineros y azogueros. Si, por lo general, el motivo para emplearse en la minería como mano de obra era conseguir numerario, ahora el subdelegado les brindaba esa oportunidad sin tener que someterse a los malos tratos y bajos salarios, y disponiendo de una mayor libertad para sus ocupaciones. Según testimonios del oficial real, eran las mujeres las encargadas generalmente de recoger el mineral entre los desmontes, permitiendo a los hombres mayor movilidad y disponibilidad para otras labores.

[...] los que se dedican comúnmente a este trabajo [el *juqueo*] son las indias, que obligadas de la necesidad recogen hasta las tierras de las calles y lavándolas en el río, sacan a fin de la semana unas pocas onzas de plata que venden para su sustento, y las más veces ya tienen tomados de los rescatis los efectos que pagan con lo mismo que sacan, a que se agrega que las minas están abandonadas hace mucho tiempo y por consiguiente sin dueños conocidos.²³

Posiblemente fueran los hombres los encargados de fundir el mineral que recogían sus mujeres en guairas o pequeños hornos de fundición, utilizando la tecnología tradicionalmente indígena. El subdelegado les

22 *Ibidem*.

23 Carta de los oficiales reales, Carangas, 29 de abril de 1785, ANB, Minas, 96, n° 20.

estaba pagando seis pesos y cuatro reales por cada marco de plata en “piña o pasta”.²⁴

En principio, el empleo en la actividad minera y los viajes en invierno hacía los valles de Cochabamba o de la costa (Arica y Tarapacá) no eran incompatibles, porque el trabajo en los ingenios se suspendía durante esta estación por los rigores del clima y la falta de agua. Tradicionalmente los carangas se proveían a través de sus colonias en los valles de productos a los que no podían acceder en sus tierras, pero al desaparecer aquéllas durante el periodo colonial, los carangas tenían que ir hasta los valles de Cochabamba y de la costa a comprar el maíz, harinas, ají, aguardientes, o canjearlo por la sal o su fuerza de trabajo. Ramiro Molina Rivero (1987) ha descrito uno de estos viajes desde Paria (provincia vecina) hasta el salar de Uyuni, donde los indígenas compran sal, para después ir hasta los valles a intercambiarla por maíz y otros productos para proveerse todo el año. Este viaje lo hacen los hombres y requiere varios meses de ausencia, además del tiempo para la preparación del avituallamiento y de las tropas de llamas. Es posible que una división del trabajo similar también se diera entre los carangas, de manera que mientras los hombres estaban inmersos en estos trajines, las mujeres se dedicaban a conseguir mineral de los desmontes para venderlo al subdelegado o a los rescatistas. Con esta actividad podían conseguir dinero o pagar el tributo en “piñas o pastas de plata”, y por tanto los hombres no tenían que emplearse como mano de obra en las minas o los ingenios. Ésta fue una de las quejas de los azogueros, los cuales se vieron perjudicados por la falta de mano de obra.

No tenemos datos suficientes para establecer el calendario de actividades de los carangas, pero sabemos que no siempre estuvo sujeto a las exigencias de la minería. En 1788, el subdelegado decía en un informe que el año anterior algunas labores de minas habían parado por carecer de sebo:

El sebo estuvo muy carente, que en el trabajo de las minas se consume una porción muy considerable, pues en los meses de febrero, marzo y abril por su carestía dejaron de trabajar algunas labores. Para evitar este atraso voy a tomar la providencia que en los pueblos donde se cosecha en matanzas de carneros de la tierra para este tiempo, no se los lleven a vender a los valles, y al precio de diez quintales en que lo mercan, precisa-

24 Denuncia de los azogueros Juan Sigler y Manuel Zorrilla, ANB, Minas, 96, n° 20.

mente provean a este asiento dichos pueblos con porción señalada de quintales.²⁵

El hecho de que los tributarios hubiesen preferido bajar el sebo a los valles en vez de destinarlo a los asientos mineros producía un claro desfase entre ellos y las necesidades de las empresas mineras, las cuales se quedaron desabastecidas en otoño, en meses de plena actividad. ¿Por qué se alteró el calendario habitual o se cambió la plaza de mercado para el sebo? No tenemos más referencias al respecto, pudo ser por motivos económicos: mejor precio de venta, o por motivos extra-económicos: urgencia de otros productos de primera necesidad accesibles en el valle. Como sugiere Tristan Platt (1987: 471-557) para el caso de los llameros de Lípez, igualmente los carangas no eran ajenos a la intervención mercantil, pero contemplaban ésta dentro de un calendario de actividades que no se subordinaban a los ritmos y exigencias de la industria minera.

6. Conclusión

La defensa que los indios hicieron del subdelegado Marín no debe ser interpretada como una manipulación por parte del subdelegado, porque respondía a una clara defensa de los intereses de la población indígena. A éstos en ningún momento les convenía una alianza entre los azogueros y el subdelegado. La complicidad de los poderes locales, burocracia y azogueros, provocaba una disminución de su capacidad reproductiva al sobreexplotarlos y hacía muy difícil que resultasen otras estrategias de resistencia.

Según los testimonios, los indígenas se vieron acosados por un reclutamiento violento, malos tratos y abusos en el pago de los salarios. La posibilidad de conseguir dinero a través de los negocios del subdelegado les permitía continuar con sus actividades, ya que no requería de una disciplina impuesta como el trabajo en las minas e ingenios, y podían integrarlas dentro de su calendario de actividades económicas, en cuanto normalmente eran las mujeres las encargadas de rebuscar el mineral en los desmontes, permitiendo que los hombres pudieran continuar con la explotación de los salares, la ganadería y sus viajes a los valles. Según Tristan Platt (1987: 536), los tributarios se resistieron a

25 Informe de subdelegado Pedro del Cerro Somiano, ANB, EC, 1788, nº 13.

la imposición de una única racionalidad económica impuesta por los poderes locales y apoyada desde el Estado.

El caso de Carangas viene a confirmarnos, que al igual que en otros centros mineros andinos a fines del siglo XVIII, ante la coyuntura de crisis se impuso un aumento de las presiones y abusos de los empresarios mineros para reclutar y retener a los trabajadores mineros. Pero también se plantearon diferentes estrategias de resistencia por parte de la población indígena. Como hemos visto en el caso de Carangas, caracterizado por una minería de pequeñas proporciones, los indígenas se resistieron a emplearse como mano de obra y prefirieron mantenerse dentro de la actividad minera de forma independiente y compatible con el resto de sus actividades económicas.

Bibliografía

- Acevedo, Edberto Óscar (1992): *Las intendencias altoperuanas en el virreinato del Río de la Plata*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Bacarreza, Zenón (1931): "Monografía de la provincia de Carangas". En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de la Paz*, 61-62, pp. 73-114.
- Gavira, Concepción (1999): "La Caja Real de Carangas y el mineral de Huantajaya, 1750-1804". En: *Anuario*, año 1999, pp. 105-138.
- (2000): "Reclutamiento y remuneración de la mano de obra minera en Oruro, 1750-1810". En: *Anuario de Estudios Americanos*, 57/1, pp. 223-250.
- Golte, Jürgen (1980): *Repartos y rebeliones. Tupac Amaru y las contradicciones de la economía colonial*. Lima: IEP.
- Harris, Olivia/Larson, Brooke/Tandeter, Enrique (eds.) (1987): *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX*. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social/Ediciones CERES.
- Hidalgo, Jorge/Durston, Alan (1978): "Reconstrucción étnica colonial en la sierra de Arica: el cacicazgo de Codpa, 1650-1780". En: *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria*, t. 2. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 33-75.
- Molina Rivero, Ramiro (1987): "La tradicionalidad como medio de articulación al mercado: una comunidad pastoril de Oruro". En: Harris/Larson/Tandeter (eds.), pp. 603-636.
- Moreno Cebrián, Alfredo (1977): *El corregidor de indios y la economía peruana en el siglo XVIII*. Madrid: Instituto Fernández de Oviedo.
- Murra, John (1975): *Formaciones económicas y políticas del Mundo Andino*. Lima: IEP.

- Pearce, Adrian (2001): "The Peruvian Population Census of 1725-1740". En: *Latin American Research Review*, 36/3, pp. 69-104.
- Platt, Tristan (1987): "Calendarios tributarios e intervención mercantil. La articulación estacional de los ayllus de Lípez con el mercado minero potosino (siglo XIX)". En: Harris/Larson/Tandeter (eds.), pp. 471-557.
- Rivière, Gilles (1982): *Sabaya: structures socioéconomiques et représentations symbolique dans le Carangas, Bolivie*. Paris: EHESS (tesis de doctorado inédita).
- Sala i Vila, Nuria (1996): *Y se armó el Tole Tole. Tributo indígena y movimientos sociales en el virreinato del Perú, 1784-1814*. Lima: Instituto de Estudios Regionales "José María Arguedas".
- Sánchez Albornoz, Nicolás (1978): *Indios y tributos en el Alto Perú*. Lima: IEP.
- (1983): "Mitas, migraciones y pueblos. Variaciones en el espacio y en el tiempo. Alto Perú, 1573-1692". En: *Historia Boliviana*, 3/1, pp. 31-59.
- Stern, Steve (1990): "Nuevas aproximaciones al estudio de la conciencia y las rebeliones campesinas: las implicaciones de la experiencia andina". En: Stern (ed.), pp. 45-96.
- Stern, Steve (ed.) (1990): *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes*. Lima: IEP.
- Tandeter, Enrique (1992): *Coacción y mercado*. Buenos Aires: Centro de Estudios Rurales "Bartolomé de las Casas".
- Trimborn, Herman (1973) "Investigaciones Arqueológicas en el Departamento de Tacna (Perú)". En: *Atti del XL Congresso Internazionale Degli Americanisti, Roma-Génova, settembre de 1972*, t. 1, Génova, pp. 333-335.
- Wachtel, Nathan (1990): *Le retour des ancêtres. Les indiens Urus de Bolivie XX-XVI siècle. Essai d'histoire régressive*. Paris: Gallimard.